

densadas en la lógica política de la UCR en Argentina y del APRA en Perú, comienza a declinar la confianza en las palabras y las ideas. Es justamente hacia el final de este período que el surgimiento de movimientos nacionalistas inspirados en el tomismo, Oswald Spengler, Joseph de Maistre o Edmund Burke irrumpen en la escena pública sosteniendo posiciones anticomunistas, antiliberales, antidemocráticas, antiparlamentarias, antisemitas y antimodernas condensadas en la premisa “Dios, patria y hogar”. Se abre así el inicio de la década del 30 donde las grietas entre los diversos grupos de intelectuales hacen a un lado el proyecto colectivo que se buscó encarnar en los diez años anteriores.

Esta última cuestión constituye, seguramente, una de las fisuras más radicales producidas durante el siglo pasado. Aun cuando Funes puntualiza su importancia, el análisis detallado de esta ruptura se podría haber constituido en un eje subsidiario, pero particularmente relevante de su investigación. No nos estamos refiriendo meramente a una ampliación de la exposición del fenómeno por el cual los intelectuales latinoamericanos dejaron de confiar en el poder de su propio rol, sino en la posibilidad de ahondar en ciertos elementos presentes ya durante la década del veinte que desembocaron en la transformación del campo a partir de los años siguientes: los modos de legitimación del estado latinoamericano, el contexto internacional o el rol del populismo. Es en un sentido consistente con esta observación que la presentación de Funes podría haber definido un camino subsidiario y productivo a partir de un recorrido por el papel cumplido por intelectuales que —particularmente desde la izquierda— definieron un espacio de resistencia a esa transformación que estaba sufriendo el campo. Contemplar esos márgenes enriquece toda investigación, no meramente por una ampliación cuantitativa del panorama, sino también por lograr generar en el rescate de esa disidencia un sentido diferente para las voces más hegemónicas. Esto, además, en el marco posible de una indagación sobre los primeros indicios de una complejización de la relación entre intelectuales y sectores populares que eclosionara años más tarde. Es que es en el nacimiento de estas múltiples fisuras don-

de pueden identificarse los rasgos clave de discontinuidades posteriores donde la cuestión de la crisis de la legitimación del estado-nación resultará particularmente relevante. Y es justamente a través de la gestación de estas grandes rupturas que la década del veinte define gran parte de su rol para la historia intelectual.

Más allá de estas observaciones, el recorrido de Funes atiende seguramente a un momento clave en la constitución de la identidad del intelectual latinoamericano donde el proceso de autolegitimación coincide con y hace uso de la necesidad de definir un contenido para la idea de nación. En su análisis, claro, resultan felizmente excluidos los consensos homogeneizadores. Por el contrario, su preferencia por dar cuenta de la superposición de problemas múltiples que no respetan matrices predeterminadas ni auguran con certeza el futuro hace de los detalles de su investigación elementos estimulantes para indagar en las especificidades de un período particularmente fundacional. Esto, claro, como resultado de una decisión metodológica fundamental: elegir encarar, no un recorrido capaz de mostrar la continuidad de las ideas, sino la focalización en una instancia de quiebre donde se superponen —y sólo a veces dialogando— infinidad de preguntas.

Cecilia Macón
(UBA)

*A propósito de Vania Markarian, **Idos y recién llegados. La izquierda uruguaya en el exilio y las redes transnacionales de derechos humanos, 1967-1984**, México, Correo del Maestro/Ediciones La Vasija – CEIU-FHCE Universidad de la República, 2006, 299 pp.*

En **Idos y recién llegados**, Vania Markarian analiza la historia vivida por los exiliados uruguayos entre mediados de la década de 1970 y 1984 buscando, por un lado, recuperar la carga ideológica y cultural que sirve de base al lenguaje de derechos humanos y, por otro, realizar un aporte al estudio de la historia de las izquierdas latinoamericanas y del activismo transnacional de derechos humanos. Por ello, entiende por exiliados a quienes

huyeron de su país y permanecieron políticamente activos en el exterior.

La investigación realizada por Markarian —originalmente su tesis doctoral— evidencia el carácter contingente del movimiento de derechos humanos y de la adhesión de los exiliados a su lenguaje y métodos de acción. De esta manera, la autora desentraña las motivaciones y estrategias que impulsaron a los exiliados uruguayos a insertarse en dicho movimiento sin perder de vista en ningún momento las tensiones que caracterizaron el proceso. Para Markarian, luego de obtenerse la posibilidad de reorganizar la resistencia a la dictadura uruguaya en los países de la región mediante los métodos clásicos de la militancia de izquierda (como consecuencia del avance autoritario que significó el golpe de Estado argentino de 1976), los exiliados debieron acudir a otros escenarios para continuar su lucha política. Es allí donde la autora identifica la coyuntura que marcó la inserción de los exiliados uruguayos en el movimiento de derechos humanos y la consiguiente adopción de un lenguaje de origen liberal, hasta el momento criticado por la izquierda por considerarlo incapaz de explicar el origen de los conflictos sociales y las causas estructurales que explicaban la situación de su región. Desde esta óptica, el acercamiento de los exiliados a organizaciones como Amnistía Internacional o la Organización de Estados Americanos fue una estrategia orientada a presionar y conseguir objetivos concretos en el contexto de la lucha contra el régimen que los había obligado a abandonar el Uruguay, lo cual fue posible gracias a la múltiple interpretación del discurso de derechos humanos que adoptó el movimiento transnacional en el período y a su coexistencia con el discurso característico de los militantes en la década del 60. El uso de una u otra modalidad discursiva quedó condicionado por el escenario de enunciación de los exiliados, lo cual puede comprobarse mediante el análisis de las diferencias en la retórica utilizada al interior de sus organizaciones política y la estructurada frente a la comunidad internacional.

El impacto que el uso del lenguaje de derechos humanos tuvo en la concepción ideológica de los exiliados es analizado por Markarian a través de las represen-

taciones de los exiliados referidas al lugar desde el que enfrentaron la represión estatal a lo largo del período. Mientras la resistencia a la represión era presentada como un acto heroico por parte de los militantes sesentistas, la resistencia al régimen dictatorial emprendida a través de los organismos internacionales de derechos humanos llevó a que esos antiguos “héroes” comenzaran a convertirse en “víctimas” como consecuencia de actuar en un campo que obligaba a los denunciantes a presentarse como tales para que su acción tuviera eco en la comunidad internacional. No obstante, en el período de la transición a la democracia, iniciado luego del fracaso del proyecto constitucional de los militares en 1980, el valor que tuvo el lenguaje de derechos humanos fue, según Markarian, testimonial. Al pasar a primer plano los problemas políticos internos, los reclamos de justicia que los exiliados sostenían pasaron a segundo plano y el lenguaje por ellos asimilado permitió articular un “discurso de la memoria” que reflejó el intento de la izquierda por comprender su historia reciente y dotar de sentido la nueva coyuntura política. Aparte de ello, la autora también observa como impactó el distanciamiento de algunos exiliados de la visión socialista de los derechos humanos que los entiende como logros post-revolucionarios y, en consecuencia, la adopción de una visión universalista de ellos.

Las trayectorias políticas de los exiliados uruguayos son analizadas por Markarian a través de una rigurosa reconstrucción histórica que le permite rastrear el accionar de diversas organizaciones y personalidades claves desde su primer exilio en Buenos Aires hasta los intentos de conformación de un frente conjunto de oposición al régimen. La imposibilidad de construir una alianza política permanente en el exilio es una preocupación manifiesta de la autora. Al respecto plantea que la incorporación del lenguaje de derechos humanos por parte de la comunidad de exiliados no logró construirse en una base para la unión de los grupos opositores a la dictadura puesto que su marco de acción estuvo centrado en las estrategias políticas partidarias y en las expectativas vinculadas con el desenlace político interno tras la caída del régimen autoritario. En con-

cordancia con el planteo referido al carácter estratégico con que los exiliados adoptaron en una primera instancia el lenguaje de derechos humanos, Markarian sostiene que fue incorporado sólo para denunciar la represión del régimen; los opositores a la dictadura en el exterior nunca plantearon su agenda política de largo plazo en clave de derechos humanos. Los carriles de acción estuvieron disociados y, mientras por uno circulaba la inserción en el movimiento transnacional de derechos humanos por otro se desarrollaba la militancia partidaria nacional.

En lo que refiere estrictamente a la conformación de las redes transnacionales de derechos humanos, Markarian plantea que el impacto provocado en ellas por la acción de exiliados sudamericanos en el período es un dato relevante para comprender su conformación y evolución. La campaña contra la violación de derechos humanos emprendida por la comunidad de exiliados en las décadas de 1970 y 1980 permite ver los cambios sufridos por el movimiento transnacional en su conjunto a través de la acción conjunta de diversos actores que perseguían diferentes objetivos, en muchos casos divergentes. Es este aspecto el que permite a la autora discutir con aquellos enfoques que analizan la conformación del campo internacional de derechos humanos partiendo de un supuesto explicativo que los considera un marco legal de carácter universal que sustenta un lenguaje “apolítico” y “culturalmente neutral”. El enfoque analítico que presenta Markarian permite aprehender el carácter contingente, ideológico y político que subyace en la adopción del discurso de derechos humanos por parte de los actores estudiados y, en consecuencia, en la configuración del movimiento internacional que se propone su defensa.

En suma, el trabajo de Markarian es una importante contribución al conocimiento de la historia reciente tanto del Uruguay como del Cono Sur y un aporte relevante para pensar y comprender algunas tensiones que actualmente atraviesan a la izquierda uruguaya y regional puesto que la autora sostiene que el giro institucionalista y democrático así como la decadencia de las ideas leninistas en las izquierdas de la región deben entenderse como aconte-

cimientos enmarcados en características endógenas a ella más que como efectos secundarios de la caída del mundo socialista.

Mariana Iglesias
(IDES-UNGS/CEL/UNSAM)

*A propósito de Michel Winock, **La gauche en France**, Paris, Perrin, 2006. 502 pp.*

En 1959 los representantes del partido gaullista se opusieron a sentarse del lado derecho del parlamento y se repartieron por todo el semicírculo de la sala. Una anécdota que nos presenta Michel Winock, especialista en historia de movimientos intelectuales, evidenciando la fuerza que aún posee la dualidad política derecha/izquierda en la cotidianidad francesa. De esta manera clara y concreta, en **La gauche en France** se destacan símbolos, representaciones y resignificaciones de los mismos, mientras que se remonta a sus orígenes y se delimitan los diferentes contextos.

Antes de sumergirnos concretamente en el contenido de esta obra, es indispensable situar a su autor institucionalmente, a este libro en su producción personal y en su contexto de publicación. Winock es un distinguido profesor del Instituto de Ciencias Políticas de París (Sciences-Po), prestigioso establecimiento educativo que gracias a su ingreso selectivo por mérito, filtra alrededor de un 12% de sus candidatos y acepta que un tercio de sus 6.700 alumnos provenga de otros países. Históricamente, es considerado un formador de elites de cuyas filas emergen los dirigentes políticos y administrativos y, consecuentemente, es criticado como reproductor del sistema en tanto que legitimaría el pensamiento dominante. Otra particularidad de este instituto a destacar es que, a pesar de haber sido nacionalizado en 1945, recibe recursos de empresas privadas en carácter de espónsores, lo que en la mirada de algunos críticos podría poner en riesgo su autonomía.

En cuanto a la bibliografía producida por Winock, es sugerente que en la treintena de libros que lleva publicados se repitan temas claves como nacionalismo, fascismo, sionismo, derecha, izquierda y socia-